MANUEL GODOY Y EL CAPRICHO 56 DE GOYA EN LA PRIMERA SERIE DE *EPISODIOS NACIONALES*

Toni Dorca

Anatomía de una crisis

En 1784, Manuel de Godoy y Álvarez de Faria Sánchez Ríos Zarzosa, hidalgo de diecisiete años natural de Badajoz, se trasladó a la corte para ingresar en la Guardia de Corps. Tras una carrera meteórica, el 15 de noviembre de 1792 pasó a ocupar el cargo de primer ministro de Carlos IV en sustitución del conde de Aranda. Los motivos del nombramiento siguen siendo debatidos hoy en día, puesto que el elegido no pertenecía a la alta nobleza y carecía además de experiencia en asuntos de gobierno. La versión más extendida es la forjada por los partidarios del príncipe Fernando sobre la base de las relaciones íntimas de Godoy con María Luisa, la cual, prendada de la belleza del guardia, no cesó de concederle favores con la aquiescencia del monarca. Los amoríos de la reina con el favorito distan, sin embargo, de estar claros, y no existe ninguna prueba documental que permita certificar su existencia. Godoy explicó en las *Memorias* que los reyes "concibieron la idea de procurarse un hombre y hacerse en él un amigo incorruptible, obra sola de sus manos, que, unido estrechamente a sus personas y a su casa, fuese con ellos uno mismo y velase por ellos y su reino de una manera indefectible" (1:15). En vista de la inquebrantable devoción que guardó siempre hacia sus protectores, tanto en el gobierno como en el exilio, la explicación de Godoy tiene visos de credibilidad. Así lo sostiene Emilio La Parra en una reciente biografía que cuestiona eficazmente la leyenda negra que se ha forjado en torno de la figura del valido extremeño. La Parra arguye que Carlos IV decidió variar el rumbo de su política tras el cese de Aranda, otorgando el mando a una persona de confianza que no estuviese ligada a ninguna facción. La acumulación de títulos y distinciones en la persona de Godoy se justificaría así no por influencia de María Luisa, sino en recompensa por los servicios prestados a la monarquía por un colaborador fiel.

El segundo cargo dirigido contra Godoy se centra en sus dotes de gobernante. Según sus detractores, la ambición y la corrupción sin límites que corroían al Príncipe de la Paz hicieron de él un "acumulador de bienes personales" (García Cárcel 51) que pretendía destronar al legítimo heredero para perpetuarse en el cargo. Sin pasar por alto estas ansias de lujo y poder, La Parra ha destacado el perfil de un estadista entregado al servicio de la monarquía y hábil en sus relaciones con los demás. Teniendo en cuenta las dificultades del reinado de Carlos IV tras la sacudida de la Revolución Francesa, La Parra concluye que el fracaso de Godoy resultaba prácticamente inevitable dados los múltiples problemas a que tuvo que hacer frente: oposición frontal del partido fernandista, resquebrajamiento del Antiguo Régimen, imperialismo napoleónico y rivalidad entre Francia e Inglaterra.

La apertura de la primera serie de *Episodios nacionales* en la batalla de Trafalgar se encuadra en la segunda etapa del mandato de Godoy, cuando el esplendor de su fama se estaba eclipsando por el ataque de sus enemigos y la situación de crisis que se vivía en el

país. Ya a finales de 1804, la precaria situación de la agricultura y el comercio empezó a hacer mella en la popularidad del favorito.[1] Su imagen empeoró notablemente a raíz del desastre marítimo del 21 de octubre de 1805, una vez que se constató la desafortunada alianza con Francia con que Godoy pretendió asegurar la integridad territorial del país ante el avance de los ejércitos de Napoleón en Europa. Manuel Marliani, autor de una obra histórica sobre la batalla publicada en 1850, se despachaba a gusto con la flaqueza exhibida por el generalísimo en sus acuerdos con Bonaparte: "A esta fatal jornada fuimos llevados por el débil gobierno que a la sazón regía en España" (350). Apoyándose en el juicio de Marliani, Benito Pérez Galdós subrayó en *Trafalgar* la ligereza y frivolidad con que Godoy desempeñaba su cargo. Las acusaciones estaban puestas en boca de diversos personajes, tanto ficticios como históricos: doña Francisca (39, 48, 58); el almirante Cosme Damián Churruca, héroe y mártir de la jornada (48); José María Malespina (62); don Alonso (62); finalmente, un marinero anónimo compañero de Gabriel (111). El autor canario establecía así desde el comienzo de la serie la práctica de ir acumulando testimonios que atribuían a Godoy todos los males de la patria.

Dos años después de la debacle de Trafalgar, la situación se deterioró aún más al ritmo de los graves acontecimientos que se sucedían casi por ensalmo. En primer lugar, la firma del tratado de Fontainebleau[2] el 27 de octubre de 1807 franqueó la entrada de las tropas imperiales en territorio español. Por las mismas fechas, las discordias en el seno de la familia real culminaron en el descubrimiento de una conjura contra Carlos IV en el palacio de El Escorial, en la cual estaba implicado el príncipe Fernando. El sentir de la opinión pública ante estos hechos, si bien equivocado, ponía de manifiesto el desprestigio del otrora aclamado Príncipe de la Paz. La gran mayoría de la población, en efecto, estaba convencida de que las incursiones del ejército francés tenían por objeto facilitar el traspaso de la corona al futuro Fernando VII. Dicha esperanza servía para aliviar el temor de que Godoy desplazase al heredero del trono después de la muerte de Carlos IV, cuyo estado de salud era por entonces preocupante. En cuanto a la conspiración de El Escorial, se veía en ella una maniobra orquestada por el favorito para eliminar al príncipe de Asturias y erigirse en la única alternativa viable.[3]

El segundo episodio de la serie, *La corte de Carlos IV*, discurre entre los meses de octubre y noviembre de 1807, de ahí que la referencia a los eventos comentados en el párrafo anterior fuese ineludible. Gabriel Araceli advertía al respecto que su narración iría "al compás de ciertos hechos ocurridos en el otoño de 1807" (141). En la novela se dedica un espacio considerable al proceso de El Escorial: el descubrimiento del complot en palacio, cuya información proporcionaron conjuntamente Amaranta y Gabriel (186-90); la revelación a cargo de Amaranta del contenido de los papeles confiscados al príncipe Fernando en su habitación (195-99); la defensa que don Celestino hacía de su paisano Godoy ante las acusaciones de que era objeto (227); por último, la transcripción de las cartas de Fernando a sus padres arrepintiéndose del delito e implorando el perdón, gesto que le sirvió para conquistar la voluntad del pueblo (232-33).

Las noticias acerca de la entrada de los franceses en España, así como la planeada

división de Portugal en tres partes acordada en el Tratado de Fontainebleau, nos llegan nuevamente por vía de Amaranta (157). Partidaria y confidente de la reina María Luisa, la cortesana se negaba a dar crédito a los rumores que circulaban sobre los planes de Godoy para embarcar a la familia real a América y proclamarse rey (158). El supuesto apoyo del país vecino a la candidatura del príncipe Fernando le parecía igualmente "absurdo" (158). A diferencia de Amaranta, el pueblo se mostraba entusiasmado con la intervención del emperador en los asuntos de España porque creía, como ya hemos dicho, que venía a ayudar al legítimo heredero (172). De todas las voces que se alzaron para comentar los sucesos, la del amolador Pacorro Chinitas era la única que difería del sentimiento general de optimismo. Chinitas constató la inmadurez exhibida por Fernando en la conjura de El Escorial, a la vez que adivinó las intenciones de Napoleón respecto al cambio de dinastía en España (233).

No obstante la vertebración de la trama alrededor de la crisis de otoño de 1807, se ha argüido con buen criterio que el núcleo de *La corte de Carlos IV* lo forman las alegaciones acerca de la conducta de Godoy (DuPont, *Modernity* 628). Lo que en *Trafalgar* se anunciaba como un síntoma del descontento de la población, se convertía ahora en una condena sin paliativos. Como adujo un hortera de ultramarinos con quien conversó Gabriel, se trataba de "quitar de en medio al señor Godoy, que ya nos tiene hasta el tragadero" (172). El papelista don Anatolio sostenía la misma opinión, citando el apodo despectivo con que se conocía al favorito: "de esta vez nos veremos libres del choricero" (172). El alud de críticas se extendió con notable exageración a todos los aspectos de su persona: el escándalo de quien estaba "casado con dos mujeres" y sentaba a ambas a la mesa, "una a la derecha y otra a la izquierda" (173), en alusión a sus amores adúlteros con Pepita Tudó; su legislación en contra de "los derechos eclesiásticos" (174), referencia a la tentativa de desamortización de los bienes de la iglesia; por último, la protección que dispensaba a "los malos poetas" como Moratín (176-77), burda censura del reformismo ilustrado que Godoy convirtió en divisa de su política.[4] A contracorriente de la opinión pública, la admiración de don Celestino por su paisano (143, 227) era tan descabellada como los ataques indiscriminados del pueblo.

El episodio siguiente, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, traslada al lector al mes de marzo de 1808, momento en que la situación del generalísimo llegó a un callejón sin salida. La oposición conjunta de la nobleza y el clero se hizo insostenible, harta una de someterse a la voluntad de un advenedizo y reacio a la merma de sus privilegios el otro. Ante las noticias de que Godoy pretendía sacar a los reyes de Aranjuez, en la noche del 17 de marzo una multitud enfervorizada asaltó su palacio. Carlos IV, atemorizado por la magnitud de una revuelta manejada desde la sombra por las huestes del fernandismo, exoneró al valido de sus cargos el 19 de marzo y abdicó en su hijo mayor. El triunfo de los amotinados marcaba el fin de la carrera de Godoy, quien a partir de entonces inició una larga travesía por el desierto del exilio hasta su muerte en 1851. En cuanto a las repercusiones en el ámbito nacional, es verosímil inferir que de resultas de este acontecimiento Napoleón se decidió a hacer uso de la fuerza para acabar con la dinastía borbónica en España.

La narración del motín de Aranjuez ocupa la primera mitad de la novela,

informándose puntualmente de los preparativos: descontento del pueblo hacia Godoy por incitar a los reyes a salir de Aranjuez (286, 291); el dinero que se repartió a los agitadores y la tropa para ponerlos del lado del príncipe de Asturias (292-93); la presencia en las calles del conde de Montijo disfrazado de paisano, con el apodo de tío Pedro (299). A continuación se hacía entrar en escena al propio Godoy, con motivo de una breve audiencia que concedió a don Celestino y Gabriel (287-88). La descripción de su persona (287) subrayaba la preocupación de quien se veía acosado por unas circunstancias que escapaban a su control. Era el 15 de marzo y Godoy presentía que tenía los días contados.

Los acontecimientos de la noche del 17 de marzo se exponen en los capítulos IX y X (300-7). Por su amistad con Lopito, Gabriel se vio empujado a entrar por la fuerza en el palacio de Godoy junto al resto de los sublevados. Su intervención en el saqueo se redujo a la destrucción de un reloj y otros objetos decorativos, acciones que ejecutó para no levantar sospechas más que movido de la ira. En calidad de testigo y comentador, Gabriel repudió desde el primer momento la violencia gratuita y la sed de venganza de lo que él percibía como una turba de ignorantes manipulada desde arriba. Esta visión de los revolucionarios coincidía con la de la reina (308) y don Celestino (313) en desprestigiar la capacidad de liderazgo de la masa: "Era aquella la primera vez que veía yo al pueblo haciendo justicia, y desde entonces le aborrezco como juez" (301).

Pese a la acumulación de críticas hacia Godoy, Galdós quiso mostrar el anverso y el reverso de la conducta del mandatario, influido probablemente por la apología de su persona que éste llevó a cabo en *Memorias del Príncipe de la Paz* (1836 en francés; 1839 en castellano). Godoy lamentaba allí que los historiadores se hubiesen apresurado a condenarlo por no haber tomado en consideración la excepcionalidad de los tiempos: "la historia del reinado de Carlos IV está ignorada de presente; las desgracias de aquellos tiempos del trastorno europeo, y las que produjeron los contrarios de aquel buen rey, se le imputan a su Gobierno" (1:9). Frente a la opinión del común de la gente, Galdós emitió por boca de su protagonista un juicio más ponderado del político extremeño. Quien como Gabriel había sido testigo de la rocambolesca historia de España en el siglo XIX, desde Trafalgar hasta la Primera República, no podía menos que relativizar la ineptitud de Godoy. Así pues, y desde la distancia que le proporcionaban los sesenta y cinco años que mediaban entre el conflicto y la escritura de sus memorias, el veredicto del narrador de la primera serie anticipaba el de nuestros días: "Hasta mucho tiempo después no conocí que al par de los infinitos actos reprensibles de aquel monstruo de la fortuna había algunos que la posteridad, por el contrario, debía recordar siempre con agradecimiento" (*Corte* 177).

Subir y bajar

La caracterización de Godoy en *La corte de Carlos IV* se fragua principalmente en torno a los relatos que circulaban sobre a su vertiginoso ascenso. Como es habitual en la serie, Gabriel compartía la voz con otros personajes con el objeto de iluminar desde distintos ángulos la figura del mandatario. Un primer intercambio entre Gabriel y don Celestino pone

de manifiesto la diferencia de criterios que separaba a ambos. Mientras que el joven estaba convencido de que el encumbramiento de Godoy se debía a la amistad con los poderosos, el párroco aseguraba que era fruto del "gran mérito", la "sabiduría" y el "tacto político" (*Corte* 143) de su paisano. A renglón seguido, don Celestino censuraba al "estólido vulgo" que atribuía el éxito a "supuestas habilidades en la guitarra y las castañuelas" (143).[5] El Marqués, por su parte, esbozó una biografía de Godoy con el tono del diplomático que lo sabe todo (162-64). Pese a lo ridículo del personaje, su narración se contenía dentro de los límites de la verdad en lo tocante a la historia del valido: caídas de los ministerios de Floridablanca y Aranda; guerra contra la Convención; descontento de la gente por los favores que le otorgaba el soberano; renuncia de su puesto; restitución; guerra de las Naranjas contra Portugal; alianza con Francia; desastre de Trafalgar. El Marqués dejaba entrever al final su odio hacia un rival al que tachaba de "hombre abominable, que se ha elevado por las causas que todos sabemos y sigue dirigiendo la nave del Estado valido de su torpe arrogancia e insolente travesura" (164).

Paralelamente, Amaranta trazó una alegoría de la corte borbónica a partir de un "ejemplo" que refirió a Gabriel (192-93, 205-6) acerca de un sultán, una sultana y un joven guardia en una época remota de Oriente. El argumento era un trasunto de la relación que mantenían Carlos IV, María Luisa y Godoy desde el acceso al poder de éste en 1792 hasta el presente, según versión compartida por mucha gente. La caracterización de los personajes de la fábula respondía, por tanto, a unos estereotipos fácilmente reconocibles por los españoles de 1807: el sultán era bondadoso pero ciego; la sultana estaba dominada por la lujuria; el guardia, movido por la ambición y cruel con su protectora, concitaba el odio de los vasallos. En la segunda parte del cuento, las conexiones se hacían aún más explícitas merced a la incorporación de dos personajes: el hijo del sultán, decidido a arrebatar el poder a sus padres; y el gran Tamerlán, árbitro de la contienda cuya protección todos buscaban. La responsabilidad de lo ocurrido recaía en última instancia en el sultán, por no haber "gobernado bien a los pueblos" que tenía bajo su mando (206).

Después de escuchar el relato de Amaranta, la fascinación que Godoy ejercía en Gabriel se tornó en obsesión por los triunfos del antiguo guardia de corps. La historia de ambos personajes, pese a lo distinto de sus orígenes, se inscribía en las coordenadas de la Europa de finales del siglo XVIII y principios del XIX. La reforma de la sociedad estamental que trajo consigo la Revolución Francesa abrió las puertas a un tipo de ciudadano que se iba haciendo a sí mismo en virtud de su trabajo e ingenio. El joven de provincias que viajaba a la capital en busca de oportunidades para mejorar su estado (el llamado *parvenu*, arquetipo posterior de la novela realista encarnado en la figura de Julien Sorel) se convirtió, en suma, en el emblema de una época presidida por la noción de cambio. Así pues, Gabriel veía factible la obtención de un lugar de privilegio entre los poderosos (143), espoleado por la opinión de que en España las mudanzas en la escala social eran moneda de uso corriente (146). Para ello contaba con el favor que iba a dispensarle su ama Amaranta, igual que Godoy se había valido de la amistad con la reina: "pienso encontrar, como otros que yo me sé, una personita que me suba en un periquete" (145).[6] La propia Amaranta alentaba las

esperanzas de su servidor trayendo a colación la trayectoria del Príncipe de la Paz (181-82, 191-92), si bien con la seguridad de que Gabriel iba a actuar con rectitud una vez encaramado al poder (193).

Consumados la exoneración y el exilio de Godoy, la imagen del valido dejó de vertebrarse en torno a su encumbramiento para enfocarse en su desgracia. La historia del ascenso y descenso súbitos de Godoy se convirtió, de hecho, en paradigmática del destino que la ambición extrema y la corrupción deparaban a los poderosos. A este respecto, los historiadores del siglo XIX consolidaron la versión oficial de Godoy a través de un relato cuya vigencia ha llegado hasta nuestros días. Buena parte del éxito de su tentativa se explica por haber articulado la narración en torno a dos motivos de raigambre universal: por un lado, la fragilidad de la condición humana, sujeta siempre a los arbitrios de la fortuna; por otro, el empeño en acometer empresas temerarias que no tardan en malograrse. El conde de Toreno, autor de la indispensable *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* (1835-1837), hablaba de un Godoy al que se le desplomó "estrepitosamente el edificio de su valimiento y grandeza" (19). Su testimonio incluía una admonición de carácter moral: "Repetida y severa lección que a cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes" (21). Lafuente se sirvió de una tropología semejante: "derrumbarse del valimiento y del poder al abismo de la impotencia y del infortunio" (18: 228).[7] No faltaba tampoco la comparación con Ícaro: "el desventurado fin de los que en alas de un favor ciego y de una monstruosa fortuna se dejan remontar a tan desmedida altura" (18: 229).

En la primera serie de *Episodios*, la caracterización de un Godoy omnipotente dejó paso igualmente a las reflexiones que su infortunio suscitó en Gabriel. Galdós moldeó, pues, la carrera de Godoy sobre las mismas bases retóricas que la historiografía del XIX, hallando campo fértil para el cultivo de la imaginación mitológica.[8] Recordemos que Amaranta ya había advertido a su servidor acerca de "lo de Ícaro" (*Corte* 205) cuando aquél se mostraba ávido en exceso. En *El 19 de marzo*, Gabriel mismo expuso cómo la Fortuna (291, 303) derruyó de un soplo el edificio en que se sustentaba la grandeza del hombre más poderoso de España después del rey, reducido ahora al "charco de la miseria y de la nulidad más espantosas" (310). Testigo de los sucesos de Aranjuez que arrancaron las alas de la ambición de Godoy, Gabriel no dudó en formular su veredicto de lo acaecido: "Sin duda estaba escrito que la caída sea tan ignominiosa como la elevación" (311).

Además de la huella de los historiadores que lo precedieron, el estímulo le pudo haber llegado a Galdós a través de las artes plásticas. Efectivamente, es verosímil aventurar que el autor canario hallase en el capricho 56 de Francisco de Goya,[9] titulado "Subir y bajar", una síntesis de la biografía de Godoy. El grabado en cuestión muestra a un sátiro con pezuñas de cabra, apoyado inestablemente sobre una superficie curva. Está agarrando por los tobillos a un hombre elevado en posición vertical, quien sujeta una tea ardiente en cada mano al tiempo que desprende humo y fuego de su cabeza. En primer plano y al fondo, otros dos hombres caen al vacío.

Los comentarios que empezaron a circular poco después de la publicación de los grabados de Goya en 1799 ofrecen diversas explicaciones sobre el capricho 56.[10] (A) reza

Subir y bajar.

así: "Príncipe de la Paz. La lujuria le eleva por los pies, se le llena la cabeza de humo y viento y despide rayos contra sus émulos" (*Comentarios*); en cuanto a (P), se lee en él: "La fortuna trata muy mal a quien la obsequia. Paga con humo la fatiga de subir, y al que ha subido le castiga con precipitarle" (*Comentarios*); finalmente, en (BN) se expone lo siguiente: "El Príncipe de la Paz levantado por la lujuria, y con la cabeza llena de humo, vibra rayos contra los buenos ministros. Caen estos y rueda la bola; que es la historia de los favoritos" (*Comentarios*).[11]

Las lecturas que se han propuesto hasta la fecha coinciden con los manuscritos en afirmar que el capricho 56 encierra un comentario político sobre el reinado de Carlos IV. Siguiendo al hispanista alemán E.W. Palm, Roberto Alcalá Flecha ha aducido que el sátiro con patas de cabra se asemeja a un dios Pan sin cuernos, sentado encima de la bola del mundo que representa la rueda de la Fortuna. La asociación habitual da cuenta de las razones del ascenso de Godoy, cuya personificación en el grabado corresponde al hombre sujeto en el aire, sostenido literalmente en el poder gracias a sus amores ilícitos con la reina.[12] Por su parte, la caracterización del valido con teas en las manos y fuego en la cabeza trae a colación la imagen de Júpiter blandiendo un haz de rayos, según aparece en diversos ejemplos de la literatura emblemática que Goya bien pudo conocer. Alcalá Flecha ilustra su hipótesis con la reproducción del emblema XXI, *Iovi Ultori*, de los *Emblemas morales* (1589) de Juan de Horozco y Covarrubias:

La identificación de Godoy con Júpiter subraya en un primer momento la omnipotencia de

ambos personajes, desvirtuada luego por la parodia que pone de manifiesto las escasas dotes del valido. El humo que sale de su cabeza vendría a sugerir de este modo la volubilidad e ineptitud de Godoy, preocupado tan sólo de permanecer en el puesto a costa de sus rivales.[13]

Los elementos que hemos señalado bastan para prefigurar la versión impuesta más tarde por la historiografía. En primer lugar, Goya se ciñe a la visión tradicional de la diosa Fortuna que dispone a los hombres de su antojo, encaramándolos a la cima para precipitarlos luego a la sima. Si de lo general se desciende a lo particular, el grabado hace hincapié en la inestabilidad y las luchas internas que marcaron las dos etapas de Godoy al frente del gobierno. Desde esta perspectiva, la caída de los dos hombres podría hacer referencia a la destitución de los ministros Saavedra y Jovellanos en agosto de 1798 (Hughes 183), aunque no cabe descartar que Goya estuviera pensando en los antecesores de Godoy, Floridablanca y Aranda.[14] Más allá del sentido último que se confiera al capricho 56, tanto el letrero escogido por Goya ("Subir y bajar") como la explicación de sus coetáneos ("la historia de los favoritos" se cifra en la precariedad de su cargo, según reza el manuscrito BN), están anunciando proféticamente el destino mismo de Godoy tras su exoneración el 19 de marzo de 1808. La visión de la lujuria en la figura de Pan/Godoy refleja, por otra parte, el sentir de la población en lo relativo a las razones del predicamento de que el valido gozaba en la corte de Carlos IV, o sea, sus relaciones íntimas con la reina María Luisa. Finalmente, el grabado se ajusta al plan general de censura de "los errores y vicios humanos" (cit. López Rey 1:185) propuesto por el pintor en el anuncio de venta de los *Caprichos* que se publicó el 6 de febrero de 1799 en *Diario de Madrid*.

Volviendo a los *Episodios*, hay que constatar que la experiencia de Gabriel en la corte fue determinante en el proceso de aprendizaje y adaptación al mundo que integra la primera fase de las memorias. En su constitución como ser moral tras la adquisición de la idea del honor (*Corte* 217), Gabriel aprehendió la verdad de las advertencias de su enamorada Inés sobre lo peligroso de tomar por modelo a Godoy: "tan fácilmente como subas volverás a caer" (*Corte* 145). El desengaño del joven al darse cuenta de su error abría paso a la posibilidad de redención por vía del trabajo: "el hombre debe buscarse una fortuna por medios honrosos" (*Corte* 226). El rechazo del mito de Ícaro personificado en ese "monstruo de la fortuna" (*Corte* 177) llamado Godoy vino acompañado, en suma, de la voluntad de labrarse un futuro apelando a la dignidad y el mérito. El rito de iniciación de Gabriel se completó tras presenciar *in situ* el desastrado final del favorito de Carlos IV, momento en que alcanzó a comprender "la inestabilidad de las glorias humanas" (*19 de marzo* 313).

Frente a la exposición de la trayectoria negativa de Godoy ("subir y bajar") en los episodios inaugurales, la evolución del narrador-protagonista en el resto de las novelas vino marcada por un ascenso continuado en el escalafón de la clase media ("subir y subir"). La primera serie de *Episodios* se estructura, por tanto, a base de un *Bildungsroman* que revertía el patrón inicial de la autobiografía picaresca de un huérfano: raquero de muelle, criado de múltiples amos (un militar retirado, una actriz cómica, una cortesana y una pareja de avaros) y cajista de imprenta. Tan pronto como la guerra contra Francia se extendió por el territorio nacional a partir de *Bailén*, Gabriel se alistó en el bando de los patriotas, en una decisión en

la que se combinaban el amor a la patria y el deseo de tener una posición boyante que le permitiera casarse con Inés.[15] Cuando Gabriel ingresó formalmente en el ejército en *Napoleón en Chamartín*, las razones que privaron fueron ya de orden práctico: "por ver si de soldado raso llego a general en estos revueltos tiempos" (534). Ni que decir tiene que la predicción se cumplió de manera puntual a lo largo de una cadena de ascensos que alcanzó su clímax en el episodio final de la serie, *La batalla de los Arapiles*. La costosa subida al Arapil Grande, con la toma de la bandera enemiga en la cima del monte, remataba la carrera de Gabriel. En pugna con un soldado francés que pretendía arrebatarle el estandarte, nuestro protagonista rodó hacia abajo hasta desfallecer. No se trataba, empero, de una caída ignominiosa como la de Godoy, sino de la culminación de su gloria. Gabriel se aferró valientemente al águila sin soltarla, gesto de victoria contra los obstáculos que se interpusieron en su camino desde el instante en que quiso hacerse acreedor del amor de Inés.[16]

Conclusión

Galdós recurrió a quien fue sin duda la figura más controvertida de la época, Manuel Godoy, a fin de perfilar el cuadro social y político del reinado de Carlos IV. Lejos de reducir el personaje a un signo lingüístico sin conexión con su referente, nuestro autor estructuró los primeros episodios de la serie en torno a la biografía del mismo. Dicho procedimiento le permitió vertebrar la crisis de la monarquía borbónica a partir de los acontecimientos que contribuyeron al desprestigio de Godoy: la batalla de Trafalgar, la entrada de las tropas francesas en España y la conspiración de El Escorial. El punto final de su trayectoria lo constituyó el motín de Aranjuez del 17 de marzo de 1808, antesala de la Guerra de la Independencia. Pese a la condena unánime de los contemporáneos de Godoy, quienes lo responsabilizaron de todos los males de la patria, Galdós emitió por boca de Gabriel un juicio ecuánime que resaltaba tanto los méritos como las carencias del político extremeño.

El capricho 56 de Goya, "Subir y bajar", contiene los rasgos comúnmente asociados con el valido de Carlos IV, a saber: ansia de medro y lujuria. La vocación universal de Goya se desplegó allí en dos motivos de resonancias míticas: los antojos de la diosa Fortuna, que se complace en derribar a quien ella misma encumbra; y el castigo de Ícaro, precipitado al fondo del mar por desafiar los límites de su condición. Así pues, el título y la imaginería de este capricho bien pudieron servir, consciente o inconscientemente, de fuente de inspiración para la construcción del personaje de Godoy en los *Episodios*. Con una retórica procedente de los historiadores decimonónicos que lo precedieron, Galdós vio en el valido la encarnación de un arquetipo que personificaba a la vez los cambios acaecidos en la Europa posrevolucionaria: el guardia de corps que llegó a generalísimo por favor especial de los reyes ("subir"), y que de la noche a la mañana perdió todo su poder ("y bajar").

La caracterización de Godoy en los *Episodios* no se limitó, sin embargo, a una yuxtaposición de verdad histórica e interpretación simbólica. Galdós contrastó además la evolución positiva del narrador y protagonista de la serie, Gabriel Araceli, con el ocaso del

favorito de Carlos IV. Si bien durante su estancia en la corte Gabriel soñaba con imitar la conducta de Godoy, la adquisición de la idea del honor lo impelió a triunfar por medios honrados. El deseo de labrarse un puesto en el mundo que lo hiciera digno del amor de Inés se materializó gracias a su ingreso en el bando de los patriotas durante la Guerra de la Independencia. Los sucesivos ascensos en el ejército, en virtud de la valentía e ingenio desplegados en las batallas, culminaron en su nombramiento como general al término de la contienda. De este modo, la escritura de las memorias por parte del narrador-protagonista llegaba al punto final coincidiendo con el apogeo de su ciclo vital.

Macalester College

NOTAS

[1] "Los del inicio del siglo XIX fueron años de carestía de granos y elevación de precios, de continuadas malas cosechas y de muchas dificultades en el comercio, incrementadas a partir de finales de 1804 por la guerra contra Inglaterra" (La Parra 336).

[2] Recordemos que, en virtud del mismo, Portugal quedaría dividido en tres partes: "el norte se entregaba a los reyes de Etruria, el centro quedaba militarmente ocupado hasta el final de la guerra y posteriormente se dispondría según las circunstancias, y el sur se entregaba a Godoy, mientras que Napoleón se comprometía a garantizar los dominios de los Borbones españoles y a permitir que Carlos IV fuera nombrado 'emperador de las dos Américas'" (Esdaille 37-38).

[3] Modesto Lafuente, cuya *Historia General de España* publicada entre 1850 y 1867 siguió Galdós, resumía el estado de la cuestión según lo entendía el pueblo: "atribuía lo que pasaba en el Escorial a trama urdida por Godoy con el fin de acabar de enajenarle el amor de sus padres y de representarle a los ojos de éstos como un hijo desnaturalizado y criminal, ansioso de anticipar la herencia al trono, al cual suponían aspiraba el mismo príncipe de la Paz" (18:203).

[4] Gabriel enumeró así los cargos contra Godoy: "la general animadversión de que era objeto el Príncipe de la Paz, a quien se acusaba de corrompido, dilapidador, inmoral, traficante de destinos, polígamo, enemigo de la iglesia, y, por añadidura, de querer sentarse en el trono de nuestros Reyes" (174-75).

[5] La imagen del favorito tañendo la guitarra y tocando las castañuelas fue una invención de sus enemigos que carecía de fundamento. Ante la persistencia del mito, Godoy se vio obligado a aclarar en las *Memorias* que "jamás ni he tocado, ni he cantado, ni conozco la música, lo cual tengo por desgracia" (1:12).

[6] Gabriel recurrió varias veces al caso Godoy para fijar sus objetivos: "¿No estás oyendo mentar todos los días a cierto personaje que antes era un pobre pelambrón, y ahora es todo cuanto puede ser un hombre? ¿Y todo por qué? Por la inclinación de una elevada señora" (170); "tú no estás oyendo hablar todos los días de un hombre que no era nada, y hoy lo es todo; de un hombre que entró a servir en la guardia española, y de la noche a la mañana..." (183). Como ha mencionado DuPont, "Godoy figures as important throughout this *episodio* because Gabriel dreams of imitating his rise to power" (*Setting* 41).

[7] En 1972, Francisco Martí Gilabert se expresaba en términos parecidos: "en un instante, había caído desde la cumbre de su grandeza y poder a la sima de la miseria y de la nulidad" (176).

[8] Tomo prestada la expresión del título de una monografía reciente de Alan Smith.

[9] Goya está muy presente en *La corte de Carlos IV* y *El 19 de marzo y el 2 de mayo* a través de diversas menciones a su persona. Galdós describió también a algunos personajes históricos (la familia real, Godoy, el cómico Isidoro Máiquez y el dramaturgo Leandro Fernández de Moratín) a partir de los retratos del artista aragonés. Finalmente, el relato de la rebelión del pueblo madrileño contra las tropas de Murat y la represión francesa del día siguiente guarda más de una semejanza con los archiconocidos cuadros *La carga de los mamelucos* y *Los fusilamientos del 3 de mayo*.

[10] El carácter enigmático de los *Caprichos* alentó desde el principio las exégesis acerca de su posible sentido. Actualmente se conservan tres manuscritos explicativos de cada uno de los grabados, obra de los contemporáneos de Goya : el de Ayala (A), llamado así porque con los años llegó a ser propiedad del dramaturgo Adelardo López de Ayala (1828-1879); el del Museo del Prado (P); y el de la Biblioteca Nacional (BN.) La información que ofrecen ha de contemplarse siempre con cautela, puesto que se trata de interpretaciones pretendidamente ambiguas, anónimas e imposibles de datar con exactitud.

[11] Las citas están tomadas de la web "Exposición Virtual InfoGoya '96", organizada por la Universidad de Zaragoza y la Institución Fernando el Católico de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza para conmemorar el 150 aniversario del nacimiento del pintor.

[12] "Pan representa a España; España, a la reina; la Reina, a la prostitución; a través de la prostitución se asciende a Ministro y se cae" (Alcalá Flecha 207).

[13] "Godoy queda así reducido a un Júpiter de pacotilla, que, tras haber conseguido su inmerecido ascenso por medios inicuos, agita en sus manos los rayos de un poder prestado con los que tan sólo pretende el exterminio de sus adversarios políticos" (Alcalá Flecha 209).

[14] No hay que olvidar que los *Caprichos* "se gestaron mucho antes de su publicación en 1799, durante el período 1796-1797, que coincide con la estancia de Goya en Andalucía, de cerca de un año de duración" (Baticle 158).

[15] Peter Bly percibió ya nítidamente esta contradicción: "Gabriel preaches two sharply different lessons: on the one hand, the uplifting emotions of the collective ideal of patriotism; on the other, the material rewards for the lucky survivor" (117).

[16] Con todo, hay que tener en cuenta la intercesión de Amaranta en favor de su yerno: "con el talismán de su jamás interrumpida correspondencia, me hizo coronel, luego brigadier, y aún no me había repuesto del susto, cuando una mañana me encontré hecho general" (*Arapiles* 1354). Como notó Brian Dendle, la lección final que Galdós ofrecía a sus coetáneos estaba teñida de ironía: "strive constantly, and marry well" (84).

OBRAS CITADAS

Alcalá Flecha, Roberto. "La imagen de Godoy en el capricho 56, 'Subir y bajar', de Goya." *Revista de Arte* 214 (1990): 205-9.

Baticle, Jeannine. *Goya.* Trad. Juan Vivanco. Barcelona: Crítica, 1995.

Bly, Peter A. "For Self or Country? Conflicting Lessons in the First Series of the *Episodios Nacionales*?" *Kentucky Romance Quarterly* 31: 2 (1984): 117-24.

"Comentarios del capricho 56 de Goya." 14 abril 2009 <http://goya.unizar.es/InfoGoya/Obra/Catalogo_/Grabado_/C56p.html>

Dendle, Brian J. *Galdós: The Early Historical Novels.* Columbia: U of Missouri P, 1986.

DuPont, Denise. "Modernity and the Public in Galdós' *La corte de Carlos IV* and *El 19 de marzo y el 2 de mayo.*" *Letras Peninsulares* 11:2-11:3 (1998): 625-35.

___. "Setting the Stage: Exploring Authorship in *Trafalgar*, *La corte de Carlos IV*, and *El 19 de marzo y el 2 de mayo.*" *Realism as Resistance. Romanticism and Authorship in Galdós, Clarín, and Baroja.* Lewisburg: Bucknell UP, 2006. 27-60.

Esdaile, Charles. *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia.* Trad. Alberto Clavería.

Barcelona: Crítica, 2004.

García Cárcel, Ricardo. *El sueño de la nación indomable: los mitos de la Guerra de la Independencia.* Madrid: Temas de Hoy, 2007.

Godoy, Manuel. *Memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón.* Ed. Carlos Seco Serrano. 2 vols. Madrid: BAE, 1950.

Hughes, Robert. *Goya.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 2004.

Lafuente, Modesto. *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII.* Vol. 18. Barcelona: Montaner y Simón, 1889.

La Parra, Emilio. *Manuel Godoy. La aventura del poder.* Barcelona: Tusquets, 2002.

López-Rey, José. *Goya's Caprichos. Beauty, Reason & Caricature.* 2 vols. Princeton: Princeton UP, 1953.

Marliani, Manuel. *Combate de Trafalgar. Vindicación de la Armada española contra las aserciones injuriosas vertidas por Mr. Thiers en su 'Historia del Consulado y el Imperio'.* Madrid: Impreso de Orden Superior, 1850.

Martí Gilabert, Francisco. *El motín de Aranjuez.* Pamplona: U de Navarra, 1972.

Pérez Galdós, Benito. *Episodios nacionales. Primera serie. La guerra de la Independencia.* Eds. Dolores Troncoso y Rodrigo Varela. Barcelona: Destino, 2005.

Queipo de Llano, J. M. (Conde de Toreno.) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.* Madrid: BAE, 1907.

Smith, Alan E. *Galdós y la imaginación mitológica.* Madrid: Cátedra, 2005.